

Ángel Rama y los estudios latinoamericanos

Reconocida internacionalmente como una de las interpretaciones más sólidas y abarcadoras de la historia cultural de América Latina, la obra de Ángel Rama permanece, sin embargo, prácticamente inexplorada por la crítica. Desde el fallecimiento del crítico uruguayo, en 1983, hasta la actualidad, la academia norteamericana ha incorporado muchos de los conceptos claves de la interpretación cultural de Ángel Rama tanto al estudio global del desarrollo cultural latinoamericano como de las literaturas nacionales, extendiendo el alcance de sus estudios a áreas a veces impensadas de la producción continental. No obstante, este rendimiento crítico de la prolífica producción de Ángel Rama no se ha traducido necesariamente en un conocimiento más profundo de las múltiples facetas y procesos internos que rigieron la evolución del pensamiento de este autor que representa uno de los puntos más altos de la reflexión intelectual desde y sobre América Latina.

No se han estudiado, por ejemplo –hasta el momento– los efectos complejos que tuvieron en el desarrollo crítico del autor de *La ciudad letrada* las localizaciones geoculturales desde las que desarrollara tan brillantemente su pensamiento crítico. No se ha penetrado, en ese sentido, al menos con la profundidad que sería necesaria, la inscripción de su obra en el espacio intelectual rioplatense, ni el diálogo que sostuviera con el medio venezolano o estadounidense que acogieran, en distintos momentos, su apasionada y polémica trayectoria. El modo en que el pensamiento de Rama se modula en cada una de estas instancias, tratando de establecer un intercambio productivo con los distintos públicos que encontrara en su tierra natal o en las adoptivas, sigue siendo aún un tema inexplorado pero fundamental para una comprensión cabal del sentido y las formas que asume su método crítico y la valoración de los temas que elige, en cada caso, como articulación con los contextos sociales y académicos en los que se inscribiera su labor pedagógica e intelectual. No se han desentrañado tampoco, hasta el momento, las instancias del diálogo que mantuviera con otras disciplinas, o con el pensamiento de autores que marcaron también ellos, desde otras latitudes y posiciones ideológicas, su visión de América Latina.

Aunque los estudios que proliferaron después de su trágica desaparición constituyeron un importante reconocimiento del lugar fundamental de Ángel Rama en la historia cultural del continente, los mismos pudieron efectuar en su momento apenas una introducción a la vasta labor que se presenta ahora ante los estudiosos de la cultura latinoamericana. En los últimos años, muchos artículos han tocado aspectos específicos de la obra de este autor, efectuando aportes fundamentales para la ubicación de ésta en la tradición crítica de América Latina. Pero a partir de estos avances ha quedado aun más claro la necesidad de emprender estudios más vastos y profundos sobre la multifacética producción de este crítico, en la que se combina la reflexión erudita y, en el mejor sentido del término, académica, con la dimensión fuertemente política de un pensamiento vinculado estrechamente a coyunturas y proyectos ideológicos concretos, que arraigan de un modo muy particular el trabajo de Rama en la historia continental de nuestro siglo.

Leer a Rama es, en efecto, en muchos sentidos, recorrer el extenso territorio simbólico de la totalidad americana y, en las entrelíneas de la argumentación, recuperar la memoria de una historia reciente y de los relatos reales e imaginarios que la poblaron. Como el mismo autor indicara en *La ciudad letrada*, en su caso la dimensión biográfica y la intelectual, la individual y la colectiva, la crítica y la ideológica, se funden “en los suburbios del presente”, cuando “la polis se politiza”:

Esta recorrida que hasta aquí ha procurado caracterizar la ciudad letrada según sus seculares avatares, va a pasar ahora de historia social a historia familiar, para recaer por último en cuasi biografía, anunciando la previsible entrada de juicios y prejuicios, realidades y deseos, visiones y confusiones, sobre todo porque la percepción culturalista que hasta aquí me ha guiado, al llegar a los suburbios del presente, concede primacía a otro obligado componente de la cultura, que es la política (106-107).

La cultura es así, en su concepción, el dominio complejo en que se funden vertientes ideológicas, aproximaciones disciplinarias, expectativas, subjetividades, utopías y discursos discernibles pero pertenecientes, antes que nada, a una combinatoria que es mayor que la suma de las partes que la componen. Su propia biografía es paradigmática de los movimientos de arraigo y desarraigo que caracterizaron a los miembros de su generación y de las siguientes, en la revuelta América Latina de la segunda mitad de nuestro siglo, principalmente de quienes fueran victimizados por las dictaduras y que luego se integraron a la diáspora política y económica a partir de los años setenta. Leer a Rama es revivir esa trayectoria trabajosa y productiva, rememorar una peripecia individual y colectiva, recuperar la tradición y los esfuerzos por cuestionarla, interrogarla, superarla.

Es, también, observar el despegue de nuevas formas de comprensión del sentido y la factura intrínseca de una producción cultural desde la que se formulan y simbolizan agendas, programas y proyectos sociales que dialogan con un mundo en rápido proceso de transformación, en el que el pensamiento crítico debe redefinir su lugar, su función, sus lealtades.

La labor periodística y narrativa de Ángel Rama, sus fundamentales estudios sobre poesía gauchesca y sobre el área cultural andina, así como su relación con el proyecto cultural de *Marcha*, su recuperación de los textos canónicos a través de la inmensa labor de “Biblioteca Ayacucho”, sus esfuerzos por desencubrir a figuras fundamentales de la cultura latinoamericana, como Rufino Blanco Fombona, Simón Rodríguez o José Antonio Ramos Sucre –para citar sólo a los venezolanos, constituyen, junto a las obras mayores y de carácter más “orgánico”, como *Las máscaras democráticas del modernismo*, *Transculturación narrativa en América Latina* o *La ciudad letrada*, un sistema complejo que, en sus distintas etapas y modulaciones, expone los avatares de la historia política de un continente siempre asediado, desde afuera y desde su propia conflictiva interioridad, por agresiones, marginamientos, desafíos y urgencias que marcaron a fuego la producción cultural en todos sus niveles.

Desde los aportes fundamentales de Andrés Bello, Pedro Henríquez Ureña, José Carlos Mariátegui y Mariano Picón Salas, para citar sólo algunos de los nombres más salientes de la tradición crítica latinoamericana, pocas obras conjugan, con el rigor y la exhaustividad de la de Rama, un conocimiento tan profundo y certero de la problemática latinoamericana y su lugar en el contexto internacional. Junto a la obra de críticos contemporáneos como Antonio Comejo Polar, Silvio Romero, Antonio Candido y Roberto Fernández Retamar, la de Ángel Rama ha contribuido a fijar los parámetros fundamentales para una comprensión a la vez global y puntual del desarrollo histórico de América Latina, entendiendo el espacio continental como la arena en la que se debaten procesos y proyectos contradictorios tanto en lo que tiene que ver con el surgimiento y consolidación de las culturas nacionales como en la relación que éstas mantienen, a lo largo de su desarrollo, con el contexto occidental.

Más allá del mecánico reconocimiento de influencias exteriores o de la inimaginativa aplicación de marcos teóricos o modelos interpretativos creados para otras realidades culturales, la obra de Rama se orientó más bien al análisis de particularismos y especificidades que, comprendidos en el contexto de la totalidad americana, permiten entender, sin localismos reduccionistas, los flujos ideológicos y socio-culturales de los que surge la producción continental de la Colonia a nuestros días. Esto, sin renunciar a un diálogo fecundo y original con las corrientes de pensamiento que

nutren desde sus orígenes la cultura latinoamericana, ni a una lectura capaz de vincular lo regional a lo global, concediendo especial atención a la dialéctica que rige la relación entre ambas dimensiones. De ahí que en la reflexión latinoamericanista de Ángel Rama haya tenido un lugar preponderante el estudio de los procesos de institucionalización cultural que vinculan el Estado y la sociedad civil, la nación y el ciudadano, la realidad pujante de la *ciudad real* y los artificios del discurso letrado, ya que es justamente a partir de esos intercambios que puede comprenderse sin esencialismos sino con un sentido eminentemente histórico y en este sentido *material*, la identidad latinoamericana en sus múltiples manifestaciones.

En justamente con el propósito de comprender la materialidad de los procesos culturales que los estudios de Rama se orientaron también hacia una indagación de los modos que asumiría, en sus distintas etapas, la inscripción de América en el proyecto de la modernidad, tratando de deslindar el papel que habría de cumplir la función intelectual no sólo como vehículo de influencias exteriores sino también como portadora de un *episteme* fuertemente condicionado por lo social y lo ideológico, y como generadora de proyectos alternativos a los dominantes, desde los cuales pudo contrarrestarse, en los distintos momentos de la historia continental, la gestión hegemónica del Estado y sus instituciones. La modernidad es así, para Rama, el área fronteriza en la que se conectan áreas culturales, pensamientos, proyectos y agendas muy diversos; en este sentido, una zona de trueque, empréstitos y negociaciones en la que América Latina debió volver a definir su lenguaje, sus símbolos y su destino histórico, de cara tanto a sus pulsiones y urgencias interiores como a los desafíos de la transnacionalización y de la integración occidentalista.

La innegable originalidad de la obra de Rama estriba quizá, precisamente, en ser ella misma producto del transvase de conceptos, categorías y corrientes de pensamiento, creando un espacio de transitividad teórica en la que se potencia y refuncionalizan hallazgos anteriores, problemáticas o respuestas culturales que pudieron haber tenido, en otros contextos, repercusiones o alcances diferentes. Con frecuencia se olvida, por ejemplo, al estudiar la influyente propuesta incluida en *Transatlantización narrativa en América Latina* que varias décadas antes que Ángel Rama, Mariano Picón Salas incorpora ya el concepto de transculturación a su estudio de la cultura continental, titulando así uno de los capítulos de su fundamental libro *De la conquista a la independencia* (1944) justamente a partir de ese concepto, que por la misma época se divulgara a partir de la utilización que de él hace Fernando Ortiz en su tan conocido *Contrapunteo cubano del tabaco y el azúcar* (1940). El cuarto capítulo del libro de Picón Salas, “De lo europeo a lo mestizo. Las primeras formas de transculturación”, se refiere a la penetración de la cultura europea en los centros urbanos desde el siglo

XVI y a las distintas formas que asume el trasplante cultural en las diversas áreas culturales del continente. Sirva esta relación, que debería desarrollarse con más amplitud en estudios sobre el proceso transculturador, simplemente para indicar cómo la originalidad de la crítica ramiana se combina con frecuencia con vertientes y conceptos entregados por la tradición, que nutre de manera tan fecunda su reflexión teórica.

La obra de Ángel Rama es, entonces, en sus múltiples contribuciones a la ampliación del canon y el ordenamiento historiográfico, una constante búsqueda de modelos, nuevos o remozados, de lectura, crítica e interpretación cultural, un ejemplo, en este sentido, de práctica transculturada, integradora de todos aquellos paradigmas que desde las distintas vertientes del pensamiento y la práctica intelectual, puedan servir para aprehender la índole conflictiva y desafiante de América Latina.

Con el auge de los estudios culturales y la búsqueda de nuevos parámetros teórico-ideológicos capaces de guiar el análisis de los procesos latinoamericanos, la obra de Rama representa en muchos sentidos, desde el ámbito latinoamericano, la transición entre una concepción humanística y con frecuencia idealista de la cultura y particularmente de la literatura como espacios de expresión estéticoideológica, y las más recientes aproximaciones a lo cultural percibido como *performance* en la que se integran y superponen imaginarios y productores culturales de vertientes diversas, que a través de estrategias representacionales que combinan elementos mediáticos y canónicos, populares, académicos y marginales, representan polifónicamente la transitividad cultural de nuestro tiempo.

Partiendo de los métodos más clásicos y apegados al repertorio canónico –explicación de textos, estudio historiográfico, ensayos de periodización, crítica socio-histórica– la producción de Rama se desplaza claramente pero sin estridencias, siguiendo la dirección marcada por su intuición crítica y por los requerimientos del quehacer interdisciplinario, hacia el área de los ahora llamados estudios culturales, sin que le fuera necesario apartarse del *corpus* de la literatura latinoamericana que él mismo contribuyera en tan gran medida a construir, y que en la totalidad de su concepción crítica tiene el valor principal de constituir un sistema de paradigmas representacionales capaces de guiar la arqueología cultural en sus otros niveles. Rama no renunció al enclave canónico ni recorrió el camino completo de la deconstrucción culturalista, apegada como estaba su obra a los fundamentos de una formación integral, donde prácticas creativas, críticas y pedagógicas, trabajo periodístico, compromiso ideológico, afiliación institucional y pensamiento independiente eran piezas esenciales y superponibles de un trabajo inmerso en la realidad misma

que le servía como objeto de estudio. Más allá de las modas teóricas y los fáciles desalientos, el trabajo de Rama se abocó más bien, sin renunciar al canon, a desentrañar las condiciones que explican su factura monumentalista, los intrincados movimientos del gusto cultural, las instancias de la recepción y las relaciones complejas entre individualidad y producción cultural.

De Rama puede decirse sin lugar a dudas –que no de tantos latinoamericanistas actuales– que conocía de primera mano la realidad sobre la que emitía juicios, teorizaciones e hipótesis y, sin caer en empirismos ingenuos, podía fundar en la experiencia, el diálogo directo, la inmersión cultural, tanto como en la erudición y la imaginación teórica, valoraciones, pronósticos y diseños epistemológicos. De ese conocimiento derivó su cautela, su fe en el basamento sólido de la lectura, su dificultad para el deslumbramiento fácil o el escepticismo total, su capacidad de ironía y su desconfianza ante el facilismo formulaico y los fuegos fatuos del *snobismo* intelectual. De ahí también que su trabajo se abocara principalmente a lo que conocía mejor: el discurso letrado y la base social que definía sus condiciones de existencia y sus particularidades representacionales. Las críticas que hoy pueden efectuarse a su obra deben recuperar, a mi juicio, esta dimensión fundamental de su trabajo crítico, no para atemperar cuestionamientos o debates que ensalzan la fermental obra que Ángel Rama entregara al latinoamericanismo contemporáneo, sino para fundarlos en los términos justos que merece su producción intelectual.

La obra de Rama constituye en sí misma un excelente ejemplo de pensamiento transnacionalizado, elaborado como un desafío de las fronteras disciplinarias y territoriales, desde posicionalidades negociadas a partir de los resquicios de las dictaduras o enclavada en los espacios solidarios de democracias corroídas por sus propios conflictos, venciendo siempre las limitaciones impuestas por la intolerancia y el intervencionismo político-ideológico que asediaron a Ángel Rama, en distintos contextos, hasta sus últimos días.

Entre hermenéutica y culturalismo, desterritorializada, a veces fragmentaria, nunca definitiva sino más bien abierta a evolución y revisiones permanentes, la obra de Rama es, en efecto, un puente tendido entre modos de producción cultural y concepciones del espacio simbólico y representacional muy diversos, que a veces el calor de los radicalismos sugiere casi como inconciliables. Su actuación cultural atraviesa América Latina, dialoga con Europa y se integra al espacio estadounidense, englobando metodologías, teorizaciones y estrategias pedagógicas e intelectuales muy variadas, sin perder nunca el enclave latinoamericano del que surgiera y los compromisos que esa definición implicaba. Su pensamiento vincula, asimismo, diversas disciplinas –antropología, historia, urbanística, ciencias políticas, literatura–

incorporando tanto los aportes de las ciencias sociales como las tradiciones de lectura más arraigadas a un humanismo “clásico” que supo matizar y remozar, integrando sus mejores aportes a formas más abiertas a las nuevas corrientes y elaborando todas estas vertientes de un modo original, sin provincialismos, partidismos ni falsas oposiciones.

Pero si la recuperación y cuestionamiento de la tradición ocuparon siempre un lugar central en la obra cultural de Ángel Rama, también ésta se definió como una plataforma de lanzamiento de lo que su intuición crítica reconocía como los nuevos nódulos de un repertorio canónico en proceso de crecimiento y transformación permanentes. De ahí su atención a los “Novísimos narradores”, a las nuevas figuras del post-*boom*, a las experiencias creativas de la diáspora, como ejemplos no sólo de formalizaciones literarias e innovativas, sino también de prácticas culturales que respondían a los desafíos de nuevas circunstancias sociales y políticas a partir de las cuales se iban definiendo nuevos espacios y estrategias discursivas y representacionales.

En atención al gran potencial crítico que contiene la obra de Ángel Rama, este libro se ofrece como una contribución a la vasta labor que tiene por delante el latinoamericanismo actual, no sólo como tributo al incansable trabajo de uno de sus representantes más lúcidos y rigurosos, sino como condición imprescindible para el desarrollo transdisciplinario que caracteriza los estudios culturales en nuestros días.

En sus cinco apartados, el presente volumen sobre **Ángel Rama y los eshtdios latinoamericanos** presenta una serie de lecturas críticas sobre la obra del crítico uruguayo, en las cuales se trascienden, muchas veces, las propuestas concretas de este autor, extendiéndolas a campos afines de la cultura continental, o explorando las áreas que su trabajo abrió, sin agotarlas, con el propósito primordial de expandir el horizonte de los estudios latinoamericanos.

En la primera parte de este libro, titulada **“El lugar del saber. Espacio urbano, letrados e instituciones culturales”** se articula la obra de Ángel Rama, desde un punto de vista teórico, a los campos de investigación de los estudios culturales y de la historiografía. Los ensayos que componen este apartado tienen en común la indagación de las articulaciones que vinculan el trabajo de Rama al pensamiento occidental y a las nuevas corrientes de interpretación cultural, centrándose en las obras principales de este autor y relacionándolas con debates y teorizaciones más vastas, que el crítico uruguayo desarrolla o modula a través de su propia práctica reflexiva.

Román de la Campa explora particularmente los alcances del proyecto, que canaliza *La ciudad letrada* en cuanto a la lectura del desarrollo cultural latinoamericano desde la centralización escrituraria,

institucionalista y transnacionalizada -desde la aproximación *epistémica* (estético-epistemológica)- que informa el trabajo de Rama. Vinculando su obra a la arqueología de la cultura *à la* Foucault, así como a teorizaciones como las de Edward Said y Benedict Anderson, de la Campa percibe la metáfora de la *ciudad letrada* y sus desenvolvimientos en *ciudad escrituraria, modernizada, politizada*, como una forma de periodización que, desde la monumentalidad nominalista, propone una cartografía en la que se inscriben y dramatizan las interrelaciones entre discurso, poder y agentes culturales. Pero detrás de la consagración del signo, de la Campa percibe también la dirección, de raíz saussureana, desde la que se impugna su fijeza. Si la textualidad es entendida, en la obra de Ángel Rama, como el espacio privilegiado del saber y de su ordenación disciplinaria, ella también sugiere, aunque sin desarrollo expreso, las formas de su deconstrucción. Para de la Campa *La ciudad letrada* explora sobre todo el legado del discurso colonial y sus residuos en la modernidad, provocando así “un enfrentamiento límite, si no aporético, de la sincronía europea de Foucault, en tomo a una yuxtaposición latinoamericana simultáneamente colonial y poscolonial”. De la Campa incorpora en su análisis observaciones críticas realizadas en tomo a la obra de Rama: su homogeneización y autonomización de la práctica cultural, la autorreferencialidad de la escritura y del letrado como instancias esenciales de la producción cultural, la marginalización de la oralidad y de las prácticas que subvierten el discurso del poder, la solidificación e impenetrabilidad que se conceden al orden hegemónico, y la necesidad de una periodización más precisa y al mismo tiempo más matizada de los espacios, prácticas y proyectos de producción/recepción cultural.

El trabajo de Françoise Perus se orienta, en este sentido, por similares derroteros, al enfocar dos aspectos presentes en las observaciones críticas arriba mencionadas. Su trabajo destaca tanto la continuidad temporal como la circunscripción espacial en tanto parámetros teóricos y metodológicos que rigen la construcción de *La ciudad letrada* y de *Transculturación narrativa en América Latina*. El estudio de Perus se refiere fundamentalmente a la que podríamos llamar la ideología del universalismo, y a los movimientos constantes de absorción de influjos exteriores y presión de pulsiones internas que rigen el desarrollo cultural de América Latina desde sus orígenes. Como en el trabajo de de la Campa, en el de Perus se analiza la permanencia de la cultura colonial en épocas posteriores, viendo Transcultumción narrativa como una propuesta “explícitamente concebida como contrapeso a la tradición representada por la ‘ciudad letrada’” en la medida en que la práctica transculturadora provee a aquélla de “órdenes de representación” diversos a los que se derivan de la experiencia propiamente americana. El estudio emprendido por Rama

de la articulación entre lenguas, temas y cosmovisiones vernáculares, tal como éstos se dan en la novela regionalista, es un modo de adentrarse en la dialéctica de la modernidad, analizando cómo el “impacto modernizador” penetra en las vertientes de la tradición creando un juego de absorciones, resistencias y transformaciones que alteran sustancialmente la producción cultural latinoamericana. Pero cuestiona sobre todo el valor asignado por Rama a la vertiente modernizadora, y su fidelidad a nomenclaturas historiográficas tradicionales

El estudio de Horacio Machín constituye, por su parte, una amplia orquestación teórica en la que se recuperan y analizan una serie de aspectos fundamentales de la obra general de Ángel Rama: las “estrategias de la memoria” desde las cuales el crítico uruguayo recupera la dimensión histórica de los procesos culturales, las posiciones desplegadas sobre el tema del intelectual y su lugar en la sociedad civil, el “sentido práctico”, interdisciplinario, de su trabajo crítico, la configuración de “cartografías posmodernas”. Articulando la producción ramiana a la obra de Jürgen Habermas y Pierre Bourdieu, por ejemplo, en el campo de las ciencias sociales, o a la de Néstor García Canclini o Beatriz Sarlo en el área de los estudios culturales latinoamericanos, Machín persigue la evolución del pensamiento de Ángel Rama partiendo de “La lección intelectual de *Marcha*” hasta *La ciudad letrada*, pasando por otros varios textos fundamentales: “La literatura en su marco antropológico”, uno de los últimos textos de Rama, *Transculturación narrativa*, y otros. Según Machín, “en Rama hay un silencio respecto al paradigma ascendente de los estudios culturales latinoamericanos. El mismo es paralelo al silencio de éstos acerca de los alcances de la crítica de Rama para el modelo del intelectual democrático latinoamericano que dichos estudios proponen (García Canclini, Sarlo)”. La dimensión interdisciplinaria que se evidencia en los estudios de Rama no es alcanzada, según Machín, en los trabajos de los autores mencionados, con los que Rama no comparte “su memoria sin historia”, “su estetización interdisciplinaria” “su ensayística de la sociedad civil como política de identidad intelectual”. El ensayo de Machín entrega un avance importante y sin duda polémico de la relación entre la crítica de Rama y las orientaciones actuales, que permite penetrar algunas de las áreas hasta ahora inexploradas de ambos campos de conocimiento y acción cultural.

El segundo apartado, que lleva por título “**Ciudad letrada: Territorio, frontera, memoria**” incluye dos artículos, diversos en sus propósitos y metodologías, en los que se investiga la significación de la *ciudad letrada* desde otras perspectivas. El estudio de Gustavo Remedi atiende a la espacialidad de la urbe escrituraria como simbolización y diseño de un orden social cuyas derivaciones se manifiestan en todos

los niveles de la vida y la producción cultural. Para Remedi la ciudad es el *aleph* desde el cual puede visualizarse y exhibirse un proyecto social, ya sea en el período de control metropolitano como en las etapas neocoloniales. El espacio urbano es la red material y simbólica en la que se definen localizaciones, prácticas y agencias culturales a partir de una determinada concepción de la cotidianidad y de los discursos que la regulan. Las relaciones entre espacio privado y esfera pública, intimidad y vida colectiva, ocio y productividad, expresión estética e instrumentación tecnológica, se canalizan y representan metafóricamente a través de la estructuración espacial y la distribución de papeles, funciones y jerarquías que la dimensión urbana representa a través de la lógica de un poder que se exhibe tridimensionalmente, como escenario de los conflictos y proyectos que viven en su interior. La ciudad es perímetro, parámetro, límite, frontera, borde, interioridad, demarcando hacia adentro la utopía del orden y el civilismo, y hacia afuera las formas materiales de la otredad, la subversión y el caos.

Sobre este asiento concreto es que Rama elabora su concepción de la transculturación, sus reflexiones sobre el discurso letrado y sobre el impacto de la modernidad en la cultura latinoamericana de comienzos de siglo. Los procesos de institucionalización se localizan en esta misma base material que define el lugar de la escuela, el claustro, el museo, las prácticas jurídicas, la recreación y el disciplinamiento. Así es que Remedi rescata esta espacialización del análisis cultural a partir de la cual se visualiza la materialidad de la producción y la recepción intelectual y el lugar asignado a los agentes que participan en la vida comunitaria. Remedi estudia las bases espaciales que corresponden a los procesos de transculturación que, regidos por la dialéctica entre un afuera y un adentro, dramatizan y visualizan la relación de América Latina con los proyectos de modernización. Antropología, historia, urbanismo, literatura, son vertientes que informan la aproximación a los modelos culturales que se exploran en *La ciudad letrada* y que Remedi logra articular en esta lectura original y enormemente sugestiva.

Las reflexiones filosóficas de Castro-Gómez proponen, por su parte, una perspectiva complementaria, al vincular también *La ciudad letrada* a problemáticas actuales, obligando a una lectura actualizada y exigente de ese texto como introducción a los temas del multiculturalismo, la integración y la redefinición institucional que ocupan el centro de los debates actuales.

Castro-Gómez se pregunta hasta qué punto *La ciudad letrada* puede leerse, en tiempos de globalización, como una *ontología del presente*, es decir, de qué modo la perspectiva arqueológico-cultural de Ángel Rama informa nuestra comprensión del tiempo en que vivimos. Efectuando una nueva revisión del legado foucaultiano y de las alusiones que hace Rama a la interpretación que el filósofo francés hace de la *Gramática*

de Port Royal en *Las palabras y las cosas*, el autor del ensayo estudia la conexión entre representación y prácticas discursivas como uno de los núcleos principales a partir de los cuales el crítico uruguayo desentraña las relaciones entre saber y poder en América Latina. Castro-Gómez se ocupa fundamentalmente de la conceptualización que Rama realiza acerca de las políticas representacionales, sus relaciones con el discurso hegemónico y su función respecto a la articulación de los saberes a partir de los cuales los sujetos se relacionan con el mundo. Analiza entonces la *ciudad letrada* como “institución reflexiva”, discutiendo los efectos y alcances de la institucionalidad del saber y proponiendo que, aparte de sus funciones de ordenación y disciplinamiento social –“vigilar y castigar”– la letra puede cumplir además una función de autorregulación transformadora, que le permite elaborar políticas contrahegemónicas. La *ciudad letrada* fue así, desde el siglo XIX, “una estructura global de comunicación por la que circulaba un saber desterritorializado” que, de alguna manera, prepara los procesos de globalización de nuestros días.

El tercer apartado del volumen, titulado “**Debates de la transculturación**” explora, desde varias perspectivas, uno de los conceptos más utilizados y polémicos de la obra de Ángel Rama: el que remite a la incorporación, por efecto de la pulsión modernizadora, de influencias y proyectos que se combinan con las culturas vernáculas en América Latina.

Mi ensayo sobre “Ideología de la transculturación” es un intento por recuperar la propuesta de Rama dentro del contexto político-social en que fue producida, como reflexión en tomo a la cuestión nacional puesta en crisis, en la década de los años setenta, por la represión dictatorial y las diásporas y exilios que siguieron a la ruptura del orden democrático en varios países de América Latina. El estudio de Rama sobre el fenómeno de transferencia o transitividad cultural constituye una penetración en la cuestión siempre debatida de las identidades nacionales y los efectos que sobre ellas tuvieron los proyectos modernizadores. Frente a la “pulsión de homogeneización” que éstos incorporan a las culturas vernáculas, Rama estudia, a través del dispositivo conceptual de la transculturación, las relaciones entre discurso letrado y representación popular, en una búsqueda material de los contenidos estables que conforman la nacionalidad. Investiga para ello la función mediadora de las *intelligentsias* urbanas y las fórmulas de hibridación cultural –y sus connotaciones ideológicas– en América Latina, tomando como objeto la novela regionalista pero configurando un modelo interpretativo que se extiende, obviamente, a otras áreas y períodos del desarrollo cultural del continente. Mi trabajo intenta cuestionar el diseño dicotómico del modelo de Rama, su fundamentación dependencista y la concepción mesiánica del intelectual que informa su visión de la transculturación, sugiriendo

las ventajas de entender el ensayo de Rama en relación con elementos derivados de la ideología del mestizaje, los conceptos de heterogeneidad e hibridez, y la conceptualización de lo nacional-popular, pero recordando sobre todo la “posición de discurso” desde la que fuera concebida *Transculturación narrativa* ante las crisis del concepto de nación, vanguardia intelectual y consenso democrático que constituyen el núcleo problemático fundamental de los años setenta.

Complementariamente, pero con derivaciones más amplias, el estudio de Abril Trigo parte del binomio conceptual transculturación / transnacionalización, a partir del cual se vincula la teorización de Ángel Rama a los conceptos de mestizaje, heterogeneidad e hibridez, en tanto ejes del panorama crítico que guía los debates actuales. El ensayo de Trigo dialoga con la obra de Neil Larsen, García Canclini, Martín Barbero, entre otros, poniendo en entredicho la vigencia del concepto de transculturación, analizando la legitimidad de sus asunciones: autenticidad de las culturas vernáculas que adquieren así una “primacía ontológica”, reduccionismo de la fórmula de Fernando Ortiz al estatus fetichizado de la literariedad, insuficiente relevamiento y teorización de “lo popular”, etc.

Ante la irrupción de lo masivo y lo transnacional como categorías fundamentales de la teorización cultural desde la década de los ochenta, Trigo interpela la crítica de Rama enfrentándola a la problemática de los mercados, regidos por una nueva lógica de producción, circulación y consumo de productos culturales. El ensayo concede especial importancia a las transiciones que vinculan la relación entre multinacionales y transnacionalismo como procesos de emergencia de *macroculturas*, poniendo en juego las nociones de heterogeneidad e hibridez como posibilidades de conceptualización que se abren, a su vez, a nuevas inconsistencias en el propósito de aprehender y totalizar los conflictos del multiculturalismo. El artículo propone otras categorías: mestizaje/ migrancia, fronteras/ fronteras, id/entidades “sobre el filo” (circunstanciales, portátiles, liminales), así como una reflexión sobre los nuevos modos que asume la hegemonía y la producción cultural en nuestros días.

Los estudios que siguen en este apartado retomarán, en diversos sentidos, muchos de los problemas y desafíos teóricos que se exponen en los anteriores, explorando la aplicabilidad de la conceptualización ramiana a campos específicos del territorio canónico latinoamericano.

El trabajo de Silvia Spitta comienza por definir la figura del transculturador como un mestizo cultural situado “entre dos aguas”, caracterizado por el desgarramiento identitario e impulsado por el proyecto utópico de conjugar las vertientes que lo constituyen. Spitta conecta el tema de la transculturación con un ensayo de Rama publicado en 1988, “El escritor latinoamericano como traidor”, en el

que estudia “El sonámbulo”, cuento poco divulgado de Augusto Roa Bastos, donde se dramatiza simbólicamente la relación entre masa y oligarquía, en una exploración de la tra(d)ición historiográfica que adjudica a la elite oligárquica la función de defensa y representación de los valores nacionales. Apoyado en las series conceptuales sobre las que se estructura el cuento de Roa Bastos, Rama reflexiona sobre la condición del intelectual y la función del ejercicio escriturario/transculturador. Spitta discute la interpretación que realiza Rama del cuento de Roa Bastos, realizando una sagaz crítica de la crítica en segunda potencia, es decir desmontando el aparato interpretativo y, viéndolo más bien como modelo representacional desde el que Rama explora simbólicamente su propio armazón teórico. La función del transculturador como traductor/ traidor se afirma en la ruptura o el trauma social, el que representaría *La ciudad iletrada* [sic], la del mestizaje, el analfabetismo y la marginación, que se vislumbra, en negativo, según Spitta, en las entrelineas del pensamiento del crítico uruguayo.

Maribel Ortiz-Márquez, por su lado, centraliza su trabajo en el concepto de modernidad, analizando las premisas en las que se basa, en la obra de Rama, el uso de este término, integrando el estudio a una visión general de la crítica cultural desarrollada por este crítico desde los años sesenta. Según Ortiz-Márquez las reflexiones de Rama incluidas en *Las máscaras democráticas del modernismo* advierten ya “fisuras en el discurso moderno y los aspectos totalizadores que lo fundamentan” adelantando algunas de las dimensiones que luego se atribuyen a la posmodernidad, sin convertir por ello al crítico uruguayo en un crítico posmoderno *avant la lettre*. Para la autora del artículo, la reflexión de Rama en torno a las relaciones entre tradición y modernidad proyectan el trabajo de éste hacia otros dominios disciplinarios, hacia la expansión del sistema letrado y el estudio de las culturas populares, tal como se plasmaría en los años ochenta en los trabajos de García Canclini, en los que se enfocan los vínculos entre culturas dominantes y marginadas. Pero Rama se aferraría principalmente a la literariedad de los textos antropológicos, problematizando sin embargo los dominios disciplinarios y permitiendo una revisión de la función de la literatura en los contextos culturales más amplios en los que ésta se integra. Finalmente, Ortiz-Márquez atiende a la relativización del concepto de clase en la crítica culturalista de Rama y al modo en que esto opera en la totalidad de su aparato conceptual e ideológico.

Cerrando este apartado, Alberto Moreiras se refiere a la figura paradigmática de José María Arguedas, y particularmente a *El zorro de arriba y el zorro de abajo* como ejemplo de una transculturación que, en su propio desenvolvimiento, explora sus límites y verdaderas posibilidades teóricas. Pasando de la teorización a la indagación textual,

el autor del ensayo se adentra en la problemática de la heterogeneidad cultural y en las formas representacionales que ofrece la etnoficción como dramatización de los conflictos que vinculan diversas formas de saber y de poder, y como vehículo para la expresión simbólica de la racionalidad del oprimido.

Moreiras parte de la idea de que “la corrección de Rama al esquema de Ortiz consiste en postular una epistemología política mediante la que el análisis de la transculturación avanza más allá de la descripción fenoménica” del proceso de integración cultural. Guiado por el propósito de efectuar la “redención de culturas subordinadas por la modernidad” Rama propone el concepto de transculturación, según Moreiras, no como simple respuesta a la modernización, sino como plasmación de la relación crítica que se establece con respecto a ella. La lectura de Arguedas propuesta por Moreiras permite no solamente revisar el significado de la obra total del escritor peruano, sino reflexionar sobre el horizonte concreto de las prácticas escriturarias sobre las que se recorta el concepto de transculturación, repensando sus límites y aportes a la historiografía y la crítica actual.

La cuarta parte de este libro, “**Escritura, poder y espacios discursivos: Colonia y modernidad**”, reúne tres trabajos en los que se analiza la contribución puntual de Rama a dos campos concretos del desarrollo cultural latinoamericano, la Colonia y el siglo XIX, los cuales constituyen dominios diferenciados de conocimiento, que requieren metodologías y aproximaciones específicas.

El estudio de Gustavo Verdesio lee “ciudad letrada “a contrapelo”, explorando los silencios u omisiones que rodean al discurso letrado y efectuando a partir de los mismos una crítica de la construcción canónica. Para Verdesio, la centralización en el registro escriturario cristaliza en la forma “de una figura transhistórica (ese letrado casi inmutable) [lo cual] en un análisis más atento, puede interpretarse como un intento (fallido) de explicar la influencia modeladora de la letra y sus ejecutantes en un contexto histórico donde dos tipos de organización cultural estaban (y están todavía) en conflicto”. La delimitación de este parámetro de producción cultural contextualiza “el *locus* de enunciación del sujeto europeo letrado” pero desplaza hacia los márgenes del discurso crítico otras formas de saber y expresión cultural que se expresan a través de la oralidad, la iconografía, los mitos, la distribución de los espacios territoriales y, en general, los componentes que integran un imaginario alternativo al que se define a través del universo semiótico de la *ciudad letrada*. Basándose en los estudios de Walter Mignolo y Rolena Adorno, entre otros, Verdesio busca la contracara del saber disciplinario y disciplinado a través de la letra.

Juan Poblete, por su parte, elabora también la relación entre discurso, poder y subjetividad, trabajados en Rama a partir de las bases

teóricas que informan la arqueología de la cultura de Michel Foucault, las cuales permitieron al crítico uruguayo “resituarse la literatura y la labor intelectual en general como prácticas sociales concretas y desplazar el análisis del plano de lo ideológico-representacional hacia el nivel de los actos institucionales”. Confrontando la crítica de Rama con los principios que Foucault formaliza en su *Arqueología del saber* en *El orden del discurso* así como con las lecturas que Roberto González Echevarría elabora en *Myth and Archive. A Theory of Latin American Narrative*, Poblete reflexiona sobre el impacto que el discurso del poder tiene sobre el resto de la producción cultural, y sobre los mecanismos de legitimación que se ponen en funcionamiento a partir del espacio simbólico de la *ciudad letrada* entendida como metáfora del centro desde el cual se imitan y parodian literariamente, como propone González Echevarría, los discursos “realmente” hegemónicos. Lo que en *Myth and Archive* termina siendo, según Poblete, una reafirmación de la literariedad de la literatura, en Rama se elabora más bien como énfasis en las interacciones que las prácticas culturales y los agentes que las producen mantienen con su público, o sea como una recuperación de la materialidad social que condiciona la productividad discursiva y sus formas de recepción. Poblete reflexiona también sobre la condición del letrado y la cultura letrada como objetos transdisciplinarios, y sobre las tensiones entre textualidad e historia, centrándose en la discursividad decimonónica como espacio en el que se define una determinada forma de división del trabajo intelectual en América Latina.

Vinculado a esta visión de los distintos dominios y prácticas culturales que van delimitándose durante los procesos de consolidación nacional, el trabajo de María Inés de Torres, centrado en la significación de la obra educativa de José Pedro Varela, en el Uruguay de 1870, analiza el lugar que concede la crítica de Rama y en particular *La ciudad letrada* a la institucionalización cultural, y de un modo más amplio, a la implementación del proyecto ilustrado como parte de los planes de progreso y modernización social. Sobre la base de la concepción de la letra como reguladora de la nación y como colonizadora del espacio caótico de un continente aún ganado por la lucha política y la dependencia económica, la obra de Varela es paradigmática del *nacionalismo pedagógico* que se aplicara como fórmula de conciliación entre los dominios del saber y el poder en la América Latina del siglo XIX. De Torres analiza concretamente la concepción educativa de Varela, sus aportes a la democratización escolar y su cuestionamiento a la autoridad de la elite universitaria como portadora de autoridad cultural e ideológica y como formadora de cuadros dirigentes con espíritu de casta, creados muchas veces de espaldas a las urgencias nacionales. Como producto típico de la *ciudad letrada*, Varela es, para Rama, no sólo relevante por, la inmensa significación de su reforma

educativa, sino por el carácter paradigmático y contradictorio de su obra, en la que se manifiestan los problemas inherentes al espacio letrado, desde el cual la autoridad intenta homogeneizar a la ciudadanía. En el contexto analizado, ordenar, educar, pacificar, homogeneizar, eran todas instancias de un proceso necesario a los planes de democratización y progreso social, pero también la fórmula asumida por el poder para dominar, centralizar y sojuzgar, bajo la regulación legalista y la institucionalización cultural, a quienes

integraban formaciones sociales esencialmente heterogéneas e integradas por sectores diversos, cuyas agendas y proyectos diferenciados debían pactarse en los términos admitidos y regulados por el disciplinamiento social.

El último apartado del volumen, “**Ángel Ramay América Latina**” incluye tres artículos a través de los cuales figuras de la talla de Antonio Candido, Roberto Fernández Retamár y Darío Puccini rinden tributo al crítico uruguayo, destacando desde diversas perspectivas los aportes que éste realizara a los estudios latinoamericanos y al análisis de las literaturas nacionales. El apartado se cierra con la que es probablemente la última entrevista que Rama concediera, realizada en Lima a comienzos de julio de 1983.

El artículo de Antonio Cándido titulado “La mirada crítica de Ángel Rama”, conecta la figura de dos de los más destacados latinoamericanistas de nuestro tiempo. Candido destaca fundamentalmente el interés de Rama por la cultura brasileña y sus contribuciones a la dilucidación de una serie específica de cuestiones que atañen al desarrollo de la cultura latinoamericana desde sus orígenes que son, a saber, en palabras de Candido: “1) la posición del escritor y el imperativo de la actitud política, 2) la situación de las literaturas nacionales ante una eventual literatura integrada del subcontinente, 3) la relación entre las sugerencias literarias de los países centrales y las condiciones propias de nuestros países en la dialéctica del proceso cultural”. Revisando la obra de Ángel Rama desde *La generación crítica*, donde el autor estudia el proceso de la cultura uruguayo entre 1940 y 1960, Candido destaca la reflexión de Rama en torno a la función del intelectual y su relación con el entorno político-social, las relaciones entre “conciencia crítica” e “imaginación creadora” y el problema de las literaturas nacionales, analizado por Rama en “Diez problemas para el novelista latinoamericano”. Se refiere, asimismo, a la preocupación de Rama por el ordenamiento del sistema literario latinoamericano y su percepción de los flujos transnacionales que lo atraviesan, resaltando la capacidad explicativa e integradora del crítico uruguayo y sus aportes para una aproximación comparativa del Brasil a la totalidad americana.

El trabajo de Roberto Fernández Retamar constituye un reconocimiento global de las contribuciones de Ángel Rama

particularmente a la cultura cubana y al quehacer pionero de *Casa de las Américas*. Como el artículo anterior, éste conecta dos de los nombres mayores de la crítica literaria y cultural latinoamericana, dejando ver a través de la evocación del crítico cubano muchos de los entretelones que rodearon la realización de tantos proyectos fundamentales a la cultura latinoamericana de nuestra época, y en todos ellos, la estrecha colaboración de Rama, su solidaridad política, su concepción de lo literario como estrechamente unido a lo ideológico, y su afán por vincular las partes artificialmente desvinculadas de una América Latina que él siempre pensó como totalidad. El trabajo de Fernández Retamar no deja dudas sobre los compromisos y lealtades de Rama, sobre los vericuetos de un quehacer cultural entendido siempre como praxis social y política, y sobre el espíritu siempre polémico, creativo, indagador, del crítico uruguayo. Sus posiciones frente al proyecto de la controversial revista *Mundonuevo*, frente al bloqueo norteamericano, frente al intervencionismo y la resistencia latinoamericana, son algunos de los aspectos que evoca el crítico cubano al recordar al uruguayo, a quien considera “nuestro mayor crítico literario, un animador cultural que parecía una fuerza de la naturaleza, una criatura de excepción”.

La contribución de Dario Puccini, otro de los grandes latinoamericanistas recientemente desaparecido, se centra en la actividad que desplegara Ángel Rama en Caracas. Su apoyo y colaboración con el “Centro de Estudios Latinoamericanos ‘Rómulo Gallegos’”, su creación de “Biblioteca Ayacucho”, destinada a la edición crítica de los textos canónicos de la literatura continental, la creación de la revista *Escritura* son, entre otros logros mayores del crítico uruguayo, algunas de las grandes contribuciones que éste realizara a la cultura venezolana que tan solidariamente lo acogiera como patria adoptiva. Según Puccini, la obra de Rama es comparable a la de Galvano della Volpe, por su “fuerte vinculación historicista, que le viene de la parte más meditada del marxismo, unida a una atención especialísima a los textos y a sus propiedades lingüísticas”.

Cerrando el volumen, se reproduce la entrevista de Jesús Díaz Caballero a Ángel Rama, en la que el crítico uruguayo se refiere, pocos meses antes de su muerte, a temas tales como la nueva narrativa de los años sesenta, la obra de los que llamara los “novísimos narradores” y la crítica literaria latinoamericana. En sus respuestas Rama emite juicios, evaluaciones y deslindes entre representantes de la crítica semiótica, socio-histórica y psicoanalítica, realizando una apuesta decidida por la calidad más que por la dirección política o teórica de esas aproximaciones. Indicando la marcada influencia de Walter Benjamín en su propio trabajo, la importancia de la Escuela de Frankfurt, su interés en la antropología, su respeto por la tradición latinoamericana, Rama va exponiendo la evolución de sus concepciones interpretativas, sus fuentes y los núcleos más

significativos, a su juicio, del desarrollo intelectual continental. Se refiere, asimismo, guiado por las sagaces preguntas de Díaz-Caballero, a lo que Machín llamara en su ensayo “el paradigma ascendente de los estudios culturales”, pero principalmente refuerza su concepción de una crítica integral, donde lo latinoamericano y lo europeo se combinan como parte de una literatura universal que, según Rama, podría ser alcanzada con teorías de conjunto. Su énfasis principal está en el rechazo de todo provincialismo que encierre a América Latina entre fronteras imaginarias impidiendo concebir su desarrollo como parte de un movimiento global. Iluminadora, desafiante y fermental, como todo el trabajo de Ángel Rama, esta entrevista permite cerrar, copla propia voz de este crítico, el volumen que se dedica a desentrañar su fundamental obra, paradigma de la mejor creación intelectual latinoamericana.

De esta manera, **Ángel Rama y los estudios latinoamericanos** ofrece al estudioso un panorama vasto de ternas, problemas y aproximaciones teóricas presentes o implícitos en la obra de quien fuera uno de los más destacados exponentes de la crítica y la historiografía de América Latina. Este libro es un modesto tributo al investigador que contribuyera en tan gran medida a la reivindicación de la memoria histórica, a la apasionada y comprometida recuperación de tradiciones y fuentes culturales, y a la comprensión de los modos conflictivos y fermentales en que éstas se integran al presente. Es de esperar que sirva de estímulo a estudios posteriores, que contribuyan a valorar los aportes múltiples del crítico uruguayo a la interpretación cultural de América Latina, y a llenar los espacios que su producción intelectual permitiera vislumbrar. Sin concesiones ni facilismos laudatorios, este homenaje es también, como Rama hubiera querido, cuestionador, polémico, abierto. Ojalá se acerque, en algún grado, al método preciso y documentado de Ángel Rama, para quien la crítica no fue nunca un quehacer autónomo sino una forma de vivir e interpelar a la realidad de su tiempo.

Con este libro se inicia la serie **Críticas** en la cual el Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana intentará ofrecer una colección de volúmenes destinados a la relectura de autores fundamentales de la tradición crítico-historiográfica de América Latina, complementando así los estudios más panorámicos y temáticos de la serie **Biblioteca de América**. Me resta entonces, solamente, agradecer a los participantes de este volumen por sus valiosas contribuciones y paciente cooperación, y a mis colaboradores de *Revista Iberoamericana* por su cordial y esforzada tarea editorial.

Mabel Moraña
Directora de Publicaciones, IILI